

DC235

54

V. 4



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

HISTORIA  
DE NAPOLEON

Y  
DEL EGÉRCITO GRANDE

DURANTE EL AÑO DE 1812.

---

LIBRO DECIMO.

---

CAPITULO I.

---

Sin embargo, la sorpresa de Winkowo, aquel inesperado ataque de Kutusof delante de Moscou, solo habia sido una chispa de un incendio mayor. Toda la Rusia habia vuelto á tomar la ofensiva en un mismo dia y hora; repentinamente se habia desplegado el plan general de los

IV.

I

Rusos; y el aspecto del mapa era espantoso.

En el día 18 de octubre, al tiempo mismo que la artillería de Kutusof habia destruido las esperanzas de gloria y paz de Napoleon, Wittgenstein, á cien leguas detras de su izquierda, se habia echado sobre Polotsk; Tchitchakof, á espaldas de su derecha, y doscientas leguas mas adelante, se habia aprovechado de su superioridad sobre Schwartzemberg, y ámbos, el uno bajando del norte, y el otro elevándose del mediodía, se habian esforzado á reunirse hácia Borizof.

Era el paso mas arduo de nuestra retirada, y le tenian á la vista ya ambos egércitos enemigos, cuando doce jornadas, el invierno, el hambre, y el egército grande ruso, separaban de él todavía á Napoleon.

En Smolensko se sospechaba unicamente el riesgo de Minsk; pero diversos oficiales, que estuvieron presentes á la derrota de Polotsk, contaban sus particularidades: todo se amontonaba alrededor de ellos.

Desde la batalla del 18 de agosto, que valió el grado de mariscal á Saint-Cyr, habia permanecido este general en la orilla rusa del Dña, dueño de Polotsk y de un campo atrincherado por delante de sus muros. Aquel campo patentizaba con cuanta facilidad todo el egército hubiera podido invernar en las fronteras de la Lituania. Sus barracas construidas por nuestros soldados, eran mas espaciosas que las casas de los aldeanos rusos, y tan calientes; eran hermosas aldeas militares bien fortificadas, y tan resguardadas del invierno como del enemigo.

Ambos egércitos no se habian hecho hacia dos meses, mas que una guerra de partidarios. El fin de ella, en cuanto á los Franceses, era extenderse en el pais para proporcionarse víveres; y el de los Rusos, quitárselos. Esta guerrilla habia redundado toda ella en provecho de los Rusos por no conocer los nuestros el pais y su lengua, ni menos los nombres de los parages en que se aventuraban; finalmente,

por hallarse vendidos de los habitantes y aun de sus guías.

Estos reveses, el hambre y las enfermedades, habian reducido las fuerzas de Saint-Cyr á la mitad, al paso que diversos reclutas habian doblado las de Wittgenstein. El egército ruso, hácia mediados de octubre, ascendia en aquel punto á cincuenta y dos mil hombres, y el nuestro á diez y siete mil. En este número es necesario comprender el sexto cuerpo, ó los Bávaros reducidos de veinte y dos mil hombres á mil y ochocientos; y dos mil soldados de caballería, ausentes entonces. Saint-Cyr, sin forrages, é inquieto de las tentativas del enemigo contra sus flancos, acababa de enviarlos lejos á subir y bajar la orilla izquierda del rio para hacerlos vivir y descubrir el campo.

Pues Saint-Cyr temia verse cercado en la derecha por Wittgenstein, y en la izquierda por Steinheil, que se adelantaba al frente de dos divisiones del egército de Filandia, recién llegadas á Riga:

existe una carta egecutiva de este mariscal á Macdonald, rogándole que se opusiera á la marcha de aquellos Rusos que debian desfilar por delante de su egército, y le enviase un refuerzo de quince mil hombres; ó si no queria destacar nada, que él mismo viniera con aquel socorro á tomar el mando de su cuerpo. En aquella misma carta, sometia tambien todas sus combinaciones ofensivas y defensivas á Macdonald; pero este no creyó deber hacer sin orden un movimiento tan grande. Se desconfiaba de Yorck, sospechándole quizás de haber querido entregar su parque de sitio á los Rusos. Respondió que le tocaba defenderle ante todas cosas, y permaneció inmóvil.

En aquella situacion se alentaban los Rusos mas y mas cada dia; últimamente los puestos avanzados de Saint-Cyr fueron rechazados hácia su campo, y Wittgenstein se hizo dueño de todos los desembocaderos de los montes que circundan

Polotsk : nos amenazaba con una batalla que no creia osásemos aceptar.

El mariscal francés, sin instrucciones de su emperador, se habia resuelto muy tarde á atrincherarse ; las obras suyas solo estaban bosquejadas lo necesario, no para cubrir á sus defensores, sino para indicar les sitio en que debian obstinarse. Su izquierda apoyada en el Düna, y defendida con baterías colocadas en la margen izquierda del rio, era la mas fuerte. La derecha era debil. El rio Polota, que desagua en el Düna las separaba.

Vittgenstein hizo que Yaethwil amenazase el lado menos accesible, y el 18 se presentó él mismo contra el otro ; al principio con alguna temeridad, porque dos escuadrones franceses, los únicos que Saint-Cyr habia guardado, derrotaron su frente de columna, se apoderaron de su artillería y le cogieron, dicen, á él mismo, pero sin reconocerle ; de suerte que abandonaron á este general en gefe como

una presa insignificante, cuando el mayor número les obligó á retroceder.

Arrojándose entonces los Rusos fuera de sus montes, se decubren todos por entero ; asaltan furiosos á Saint-Cyr : desde los primeros fuegos enemigos, alcanzó una bala á este mariscal sin que por ello dejase de permanecer en medio de sus tropas, haciéndose llevar por no poderse sostener ya. Duró el encarnizamiento de Vittgenstein tanto como el dia, en aquel punto. Siete veces se perdieron y reconquistaron los reductos que Maison defendia ; otras tantas se creyó triunfante Wittgenstein, pero le desanimó ultimamente Saint-Cyr. Legrand y Maison quedaron dueños de sus atrincheramientos enteramente bañados en sangre rusa.

Pero mientras que todo por la derecha parecia ganado, todo tenia visos de perdido por la izquierda ; eran Suizos y Croatos, cuya cólera habia causado este revers. No se habia presentado ocasion ninguna hasta entonces á su emulacion,

y muy zelosos de mostrarse dignos del ejército grande, fueron temerarios. Colocados con descuido por delante de su posición para atraer á Yacthwil, en vez de cederle un terreno propio para perderle, se arrojaron al encuentro de sus apiñadas tropas, y los destrozó el mayor número. No pudiendo los artilleros franceses descargar hácia aquella refriega, fueron inútiles, y hasta en Polotsk arrolló el enemigo á nuestros aliados.

Descubrieron entonces á los Rusos las baterías de la orilla izquierda, y pudieron dar principio á su fuego; pero en vez de contenerlos precipitaron su marcha. Las tropas de Yacthwil para evitar nuestros golpes, se echaron con mas violencia en la quebrada del Polota, por la cual iban á penetrar en la ciudad, cuando finalmente tres cañones colocados á toda priesa contra el frente de la columna, y un último esfuerzo de los Sui-zos los rechazaron. Todo estaba concluido á las cinco; los Rusos se habian

retirado de todas partes hácia sus montes, y catorce mil hombres habian triunfado de cincuenta mil.

La noche fué sosegada para todos, sin exceptuar á Saint-Cyr. Engañada su caballería le engañaba; aseguraba que ningun enemigo habia pasado el Düna, mas arriba ni mas abajo de su posición, lo cual era inexacto, porque Steinheil y trece mil Rusos, habian atravesado aquel rio en Drissa, y le subian por su margen izquierda, para coger por la espalda al mariscal, y encerrarle en Polotsk entre ellos, el Düna y Wittgenstein.

Este último se presentó el dia 19 tomando las armas, y disponiendo todas sus fuerzas para un ataque, cuya señal pareció no atreverse á dar. Saint-Cyr sin embargo no se equivocó en aquellas apariencias, comprendió que sus débiles atrincheramientos no refrenaban un enemigo tan atrevido y numeroso, sino que sin duda le tenia en espectacion el efecto de alguna maniobra, la señal de alguna co-

operacion importante, y que una y otra no podian verificarse sino á espaldas suyas.

En efecto , hácia las diez de la mañana llegó un edecan á galope tendido de la otra parte del rio, dando aviso de que otro egército enemigo, el de Steinheil, subia rapidamente por la orilla de Lituania, arrollando á la caballería francesa. Pide un socorro pronto, sin el cual va á parecer sin tardanza aquel nuevo egército por detras del campo, y á cercarle. El rumor de este combate esparce la alegría en las filas de Wittgenstein, y juntamente el espanto en el campo de los Franceses.

La posicion de estos se volvia horriblemente crítica. Figurémonos aquellas buenas gentes estrechadas por una fuerza tres veces mayor que la suya, junto á una ciudad de madera con un rio caudaloso á las espaldas, y teniendo por única retirada un puente cuya salida estaba amenazada de otro egército.

Saint-Cyr se debilita entonces en balde destacando tres regimientos, cuya mar-

cha encubre á Wittgenstein, y enviándolos á la orilla opuesta para contener á Steinheil, porque el ruido de la artillería de este se acerca por momentos mas y mas de Polotsk. Las baterías, que desde la orilla izquierda protegian el campo frances, se vuelven y preparan contra aquel nuevo enemigo. A cuya vista prorumpió en regocijados gritos toda la línea de Wittgenstein; este Ruso sin embargo permaneció inactivo. Para comenzar á su turno, no le bastó pues el oír á Steinheil, sino que quiso verle parecer.

Consternados entre tanto todos los generales de Saint-Cyr, le rodean; instanle á que dé orden para la retirada, que bien presto será ya imposible. Saint-Cyr se niega á ello, conoce que los cincuenta mil Rusos que estan á su frente sobre las armas, y como lanza en ristre, solo esperan suprimir movimiento retrógrado para arrojársele encima de él, y por lo mismo permanece inmovil, aprovechándose de su incomprendible detencion y esperando

tambien que la noche cubrirá con sus sombras Polotsk, antes que se presente Steinheil.

Le oyeron decir despues, que nunca se habia visto perturbado su ánimo con una mayor ansiedad. Viéronle mil veces, en aquellas tres horas de expectacion, consultar la hora y mirar el sol, como si le hubiera sido posible acelerar su carrera.

Finalmente, cuando Steinheil no estaba ya mas que á una media legua de Polotsk, cuando no le quedaban ya por hacer mas que débiles esfuerzos para presentarse en la llanura, llegar al puente de aquella ciudad, y cerrar á Saint-Cyr, la única salida por donde podia librarse de Wittgenstein, se detuvo. Una densa niebla, que los Franceses recibieron como un favor celeste, adelantó bien presto la noche, y ocultó los tres egércitos de la vista unos de otros. Saint-Cyr no esperaba mas que aquel instante. Toda su numerosa artillería atravesaba ya el rio silenciosamente, sus divisiones iban á seguirla y encubrir

su retirada, cuando los soldados de Legrand, sea hábito, sea pesar de abandonar intacto su campo al enemigo, le incendiaron. Las otras dos divisiones creyeron que era una señal acordada, y toda la línea se abrasó en un momento.

Este incendio publicó su movimiento: al punto rompieron todas las baterías de Wittgenstein, se precipitan sus columnas, sus granadas incendiaron la ciudad, y fué necesario defender sus llamas paso á paso como en medio del dia, por hallarse alumbrada la refriega con el incendio. La retirada sin embargo se hizo con buen orden, fué sangrienta por ambas partes, y el águila rusa no recuperó la posesion de Polostk, hasta el 20. de noviembre, á las tres de la mañana.

Quiso la felicidad que Steinheil durmiera sosegadamente al ruido de aquel combate, aunque pudo oir hasta los alaridos de las milicias rusas. No auxilió mas este general durante aquella noche el ataque de Wittgenstein, que este último,

durante el día anterior, habia auxiliado el suyo. Luego que Wittgenstein hubo acabado en la orilla derecha, que el puente de Polotsk se hubo destruido, y que Saint-Cyr, con sus tropas en la orilla izquierda, era tan fuerte como Steinheil, comenzó á moverse este general. Pero de Wrede y seis mil Franceses le sorprendieron en su primer movimiento, le arrollaron por espacio de muchas leguas en los montes que queria abandonar, y le cogieron ó mataron dos mil hombres.

---

## CAPITULO II.

---

Aquellas tres batallas eran gloriosas. Rechazado Wittgenstein, derrotado Steinheil, muertos ó inhabilitados para la guerra diez mil Rusos y seis generales. Pero Saint-Cyr estaba herido, la ofensiva perdida, el orgullo, el regocijo y abundancia en el campo enemigo, la tristeza y privacion en el nuestro; se retrocedia. El ejército necesitaba de un gefe, Wrede aspiraba á serlo, pero los generales franceses se negaron aun á concertarse con este Bávaro, alegando su genio y teniéndole por incompatible con toda buena armonía; las pretensiones de unos y otros se encontraban entre sí. Saint-Cyr, aunque inhabilitado para la pelea, se vió precisado á conservar la direccion de estos dos cuerpos.

Ordenó este mariscal entonces la reti-